

CONTESTACION

DE M. VÍCTOR HUGO, DIRECTOR DE LA ACADEMIA
FRANCESA, AL DISCURSO DE M. SAINTE-BEUVE.

27 Febrero 1845.

SEÑOR:

Acabais de recordar con dignas palabras un día que no olvidará ninguno de los que lo vieron. Nunca el sentimiento público fué más verdadero y más unánime que cuando acompañó hasta su última morada al eminente poeta cuyo sitio venís hoy á ocupar. Preciso es haber vivido bien, y haber cumplido plenamente sus deberes y llenado su misión en la tierra para ser llorado de tal modo. Grande enseñanza moral sería poder presentar continuamente á todos los espíritus esos sublimes y conmovedores funerales. ¡Hermoso y consolador espectáculo en efecto! ¡Aquella muchedumbre que llenaba las calles, tan numerosa como en un día de fiesta, tan desolada como en día de pública calamidad; la aflicción real manifestándose al mismo tiempo que el popular enternecimiento; todas las cabezas des-

cubiertas al paso del poeta, apesar del lluvioso cielo, apesar del frio día de invierno; el dolor por todas partes; por todas partes el respeto; el nombre de un solo hombre en todas las bocas; el luto de una sola familia en todos los corazones!

¡A todos nos era querido! ¡Tenía en su talento aquella dignidad sória, en sus obras aquel sello de severa meditacion que atrae la simpatía y que inspira respeto á cualquiera que tenga conciencia, desde el hombre del pueblo hasta el hombre de letras, desde el obrero hasta el pensador, ese otro obrero! ¡Y es que todos nosotros, que éramos niños cuando M. Delavigne era hombre, nosotros, que éramos oscuros cuando él era célebre; nosotros, que luchábamos cuando á él se le coronaba; cualquiera que fuese nuestra escuela, nuestro partido, nuestra bandera, le estimábamos y le amábamos! ¡Es que desde sus primeros hasta sus últimos días, comprendiendo que honraba las letras, aún permaneciendo fieles á distintas ideas de las suyas, aplaudíamos desde el fondo del corazon todos los pasos de su radiante carrera y le seguíamos de triunfo en triunfo con esa profunda alegría que experimenta toda alma grande y honrada al ver el talento elevarse al éxito y al génio subir á la gloria!

Habéis apreciado, señor, con la variedad de aspecto y el excelente ingénio que os es propio aquella rica naturaleza, aquel raro y hermoso talento. Permitidme glorificarle á mi vez, por más que sea peligroso hablar despues que vos.

En M. Casimiro Delavigne había dos poetas: el poeta lírico y el poeta dramático. Esas dos formas de un mismo espíritu se completaban la una con la otra. En todos sus poemas, en todas sus métricas, hay pequeños dramas; en sus tragedias, como en todos los grandes poetas dramáticos, se siente pasar á cada instante el soplo lírico. Digámoslo en esta ocasión: el aspecto que convierte el drama en lírico, es simplemente el aspecto que le hace humano. Ante la fatalidad del destino, el amor que se queja, el terror que grita, el odio que blasfema, la piedad que llora, la ambición que aspira, la virilidad que lucha, la juventud que sueña y la vejez que se resigna, conviértense en el yo de cada personaje que habla. Así, pues, lo repito: éste es el aspecto humano del drama. Los acontecimientos están en la mano de Dios; los sentimientos y las pasiones están en el corazón del hombre. Dios da el golpe, el hombre lanza el grito. En el teatro, es el grito lo que queremos oír. ¡Grito humano y profundo que conmueve á una multitud como si fuese una sola alma; doloroso en Molière cuando se da á luz en medio de las risas, terrible en Shakspeare cuando sale de enmedio de las catástrofes!

Nadie podría calcular lo que puede sobre una multitud reunida y palpitante ese grito del hombre que sufre bajo el destino. Sacar una lección útil de esa punzante emoción, es el deber ineludible del poeta. M. Casimiro Delavigne había comprendido esa primera ley de la escena, ó por mejor decir, la había encontrado en sí mismo. Nosotros llegamos á

ser artistas ó poetas por las cosas que en nosotros encontramos. M. Delavigne era del número de esos verdaderos y probos hombres que saben que su pensamiento puede hacer el bien ó el mal, que son orgullosos porque se sienten libres, y serios porque se sienten responsables. En las trece obras que ha dado al teatro, se siente el respeto profundo á su arte y el profundo sentimiento de su misión. Sabe que todo lector comenta y todo espectador interpreta; sabe que cuando un poeta es universal, ilustre y popular, muchos hombres llevan en el fondo de su pensamiento un ejemplar suyo, que traducen en los consejos de su conciencia y en las acciones de su vida. y por eso él, poeta íntegro y observador, saca de cada cosa una enseñanza y una explicación. Da un sentido filosófico y moral á la fantasía en *La Princesse Aurélie* y *Le Conseiller rapporteur*; á la observación, en *Les Comédiens*; á los relatos legendarios, en *La Fille du Cid*; á los hechos históricos, en *Les Vêpres siciliennes*, en *Louis XI*, en *Les Enfants d'Edouard*, en *Don Juan de Austria* en *La Famille au temps de Luther*. En *Le Paria* aconseja á las castas; en *La Popularité* aconseja al pueblo. Preocupado con todo lo que la edad puede producir de desproporción y peligros en la lucha del hombre con la vida, del alma con las pasiones; preocupado un día con el aspecto ridículo de las cosas y al siguiente con su aspecto terrible, hizo dos veces *l'Ecole des Vieillards*: la primera vez la llamó *l'Ecole des Vieillards*, la segunda la intituló *Marino Faliero*.

No analizo esas excelentes composiciones; las cito. ¿A qué analizar lo que todos han leído y aplaudido? Enumerar sencillamente esos gloriosos títulos, es recordar á todos los espíritus hermosas obras y á la memoria de todos grandes triunfos.

Aunque la facultad de lo bello y de lo ideal se desarrolló en M. Delavigne hasta un grado extraordinario, el impulso de la grande ambicion literaria, en lo que puede tener á veces de temerario y supremo, estuvo en él detenido y como limitado por una especie de reserva natural, que se puede ya alabar ó condenar, segun se prefiera en las producciones del espíritu el gusto que circunscribe ó el génio que emprende, pero que era una agradable y graciosa cualidad que se traducía en modestia en su carácter y en prudencia en sus obras. Su estilo tenía todas las perfecciones de su espíritu: la elevacion, la precision, la madurez, la dignidad, la elegancia habitualmente, y á veces la gracia; la claridad continuamente y amenudo el brillo. Su vida era, más bien que la vida de un filósofo, la vida de un sábio. Había trazado, por decirlo así, un círculo alrededor de su destino, del mismo modo que había trazado otro alrededor de su inspiracion. Vivía como pensaba: abrigado. Le gustaba su campo, su jardin, su casa, su retiro; el sol de Abril sobre sus rosas, el sol de Agosto sobre sus trillos. Tenía sin cesar cerca de su corazon, como para calentarlo, su familia, su hijo, sus hermanos, algunos amigos. Tenía ese gusto encantador de la oscuridad, que es la sed de los que son célebres.

Componía en la soledad esos poemas que más tarde agitaban la multitud. Así, todas sus obras, tragedias, comedias, mesénicas, engendradas en medio de tanta tranquilidad, coronadas por tanto éxito, conservan siempre para el que las lee con atencion no sé qué frescura de sombra y de silencio que las acompaña aún en medio de la luz y del ruido. Perteneciendo á todos, y reservándose para algunos, compartía su existencia entre su país, al que dedicaba toda su inteligencia, y su familia, á la que daba toda su alma. Así es cómo ha obtenido la doble palma: una muy brillante, otra muy dulce; como poeta, la fama; como hombre, la felicidad.

Aquella vida, sin embargo, tan serena por dentro, tan brillante por fuera, no careció de pruebas y reveses. Muy jóven todavía, M. Casimiro Delavigne tuvo que luchar por medio del trabajo contra la estrechez. Sus primeros años fueron rudos y difíciles. Despues su talento le creó amigos, su éxito le hizo un público, su carácter le hizo una autoridad. Por la elevacion de su espíritu colocóse, desde su juventud misma al nivel de sus más ilustres amistades. Dos hombres eminentes, vos lo habeis dicho ya, señor, le buscaron y tuvieron la alegría, que hoy dia se ha convertido en gloria, de ayudarle y servirle: M. François, de Nantes, bajo el Imperio, y M. Pasquier bajo la Restauracion. De este modo pudo entregarse pacíficamente á sus trabajos, sin inquietud, sin cuidado por la vida material, dichoso, admirado, rodeado de la pública estimacion, y sobre todo del afecto popular.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. P. I.

Llegó un día, entretanto, en que una injusta é impolítica desgracia vino á herir á aquel poeta, cuyo nombre europeo tanto honor hacia á Francia; entónces fué noblemente recogido y sostenido por aquel Príncipe de quien Napoleon ha dicho: *El Duque de Orleans ha permanecido siempre nacional*; grande y justo espíritu que comprendía desde luego como Príncipe, y que despues ha reconocido, como Rey, que el pensamiento es un poder y el talento una libertad.

Cuando se fija la atencion sobre M. Casimiro Delavigne; cuando se estudia atentamente aquella feliz naturaleza, llama la atencion la estrecha é íntima relacion que existe entre la cualidad propia de su espíritu, que era la claridad, y el rasgo principal de su carácter, que era la dulzura. La dulzura, en efecto, es una claridad del alma que se esparce sobre las acciones de la vida. En M. Delavigne esa dulzura no se desmintió nunca. Era dulce para todo, para la vida, para el éxito, para el sufrimiento, con sus amigos y con sus enemigos. Objeto, sobre todo en sus últimos años, de violentas críticas, de un denigramiento amargo y apasionado, parecía, segun su hermano nos lo dice en una interesante biografía, ignorarlo. Su serenidad no se alteró un instante. Tenía siempre la misma tranquilidad, la misma expansion, la misma benevolencia, la misma sonrisa. El noble poeta poseía esa cándida ignorancia del odio, que es propia de las almas dignas y delicadas. Sabía de antemano que todo lo que es bueno, grande, fecun-

do, elevado, útil, es necesariamente atacado, y recordaba el proverbio árabe: *No se tiran piedras sino á los árboles cargados de frutos de oro.*

Tal era, señor, el hombre justamente admirado que venís á reemplazar.

Suceder á un poeta que toda una nacion llora, cuando esa nacion se llama Francia, y cuando ese poeta se llama Casimiro Delavigne, es, más que un honor que se acepta, un compromiso que se adquiere. ¡Grave compromiso hácia la literatura, hácia la fama, hácia el país! Sin embargo, señor, me apresuro á fortalecer vuestra modestia. La Academia puede proclamarlo muy alto, y yo me considero feliz al poderlo decir en su nombre, seguro de que el sentimiento de todos estará plenamente de acuerdo con ella: al llamaros á su seno, ha hecho una útil y excelente eleccion. Pocos hombres han dado más prendas que vos á las letras y á las graves labores de la inteligencia. Poeta, en este siglo en que la poesía es tan elevada, tan potente y tan fecunda, entre la mesénica épica y la elégia lírica, entre Casimiro Delavigne, que es tan noble, y Lamartine que es tan grande, habeis sabido descubrir en la media luz un sendero, que es el vuestro, y crear una elegía que os personifica. Habeis dado á ciertas expansiones del alma un acento nuevo. Vuestro verso, casi siempre doloroso, muchas veces profundo, va á buscar á todos los que sufren, sean quienes fueren, honrados ó caidos, buenos ó malos. Para llegar hasta ellos vuestro pensamiento se vela, pues no quereis alterar la sombra en que

vais á encontrarlos. Poeta, sabeis que aquellos que sufren se retiran y se ocultan con no se qué ferroz é inquieto sentimiento, que es vergüenza en las almas caidas y pudor en las almas puras. Vos lo comprendeis así, y para ser uno de ellos como ellos os envolveis. De ahí una poesía penetrante y tímida á la vez, que conmueve discretamente las misteriosas fibras del corazon. Como biógrafo, habeis mezclado en vuestros *Portraits des femmes* el encanto á la erudicion, y dejado entrever un moralista, cuya delicadeza iguala á veces la de Vauvenargues, sin recordar nunca la crueldad de la Rochefoucauld. Como novelista, habeis sondeado aspectos desconocidos de la vida posible, y en vuestros minuciosos y nuevos análisis se siente siempre esa secreta fuerza, que se oculta entre la gracia de vuestro talento. Como filósofo, habeis confrontado todos los sistemas; como crítico, habeis estudiado todas las literaturas. Algun dia contemplareis y coronareis esos últimos trabajos que no pueden juzgarse hoy, porque todavía están incompletos en vuestro mismo espíritu; hareis constar, abarcándolos en una sola ojeada, como conclusion definitiva, que si hay siempre en el fondo de todos los sistemas filosóficos algo humano, es decir, vago é indeciso, hay al mismo tiempo en el arte, cualquiera que sea el siglo, cualquiera que sea la forma, algo divino, es decir, cierto y absoluto; de suerte que, en tanto que el estudio de todas las filosofías conduce á la duda, el estudio de todas las poesías conduce al entusiasmo.

Por vuestras investigaciones acerca del lenguaje; por la suavidad y la variedad de vuestro espíritu; por la vivacidad de vuestras ideas, siempre delicadas, generalmente fecundas; por esa mezcla de erudicion é imaginacion que hace que en vos el poeta no desaparezca por completo bajo el crítico, y el crítico no despoje nunca enteramente al poeta, recordais á la Academia uno de sus más queridos y sentidos miembros, al bueno y encantador Nodier, que era tan elevado y tan tierno. Vos os pareceis á él por el aspecto ingenioso, como él se parecía á otros grandes espíritus por el aspecto despreocupado; Nodier nos devolvía algo de la Fontaine; vos nos devolveis algo de Nodier.

Era imposible, señor, que por la naturaleza de vuestros trabajos y la pendiente de vuestro talento, inclinado sobre todo á la curiosidad biográfica y literaria, no vinieseis á fijar algun dia vuestras miradas sobre dos célebres grupos de grandes espíritus que imprimen al siglo XVII sus dos aspectos más originales: el hôtel de Rambouillet y Port-Royal. El uno abrió el siglo XVII: el otro lo acompañó y cerró. El uno introdujo la imaginacion en el lenguaje: el otro introdujo en él la austeridad. Ambos á dos, colocados, por decirlo así, en opuestas extremidades del pensamiento humano, han esparcido distinta luz. Sus influencias se combatieron felizmente, y felizmente tambien se combinaron; y en ciertas obras maestras de nuestra literatura, colocadas en cierto modo á igual distancia de una y de otra, en algunas obras inmortales que satisfacen á

la vez al espíritu en su necesidad de imaginacion y al alma en su necesidad de gravedad, se ve mezclado y confundido su doble resplandor.

De esos dos grandes hechos que caracterizan una época ilustre, y que tan poderosamente han influido en Francia sobre las letras y sobre las costumbres, el primero, el hôtel de Rambouillet, ha merecido de vos aquí y allá algunas pinceladas vivas é ingeniosas; el segundo, Port-Royal, ha despertado y fijado vuestra atencion. Le habeis consagrado un excelente libro que, aunque no terminado, es, sin contradiccion, la más importante de vuestras obras. Habeis hecho bien, señor. Es digno objeto de meditacion y estudio aquella grave familia de solitarios que atravesó el siglo XVII, perseguida y honrada, admirada y aborrecida, buscada por los grandes y perseguida por los poderosos, encontrando medio de procurarse, en su debilidad y su aislamiento, no sé qué imponente é inexplicable autoridad, y haciendo servir las grandezas de la inteligencia al engrandecimiento de la fé. Nicole, Lancelot, Lemaistre, Sacy, Tillemont, los Arnauld, Pascal, glorias serenas, nombres venerables, entre los que castamente brillan tres mujeres, ángeles austeros que alcanzaron en medio de la santidad aquella majestad que las mujeres romanas tenían en el heroismo. Bella y sábia escuela que sustituía como maestro y doctor de la inteligencia San Agustín á Aristóteles, que conquistó á la duquesa de Longueville, que formó al presidente de Harley, que convirtió á Turena y que alcanzó á la vez la

extrema dulzura de San Francisco de Sales y la extrema severidad del abate de Saint-Cyran. A decir verdad, ¿quién mejor que vos lo sabe, pues que en todo lo que digo en este momento tengo presente vuestro libro? La obra de Port-Royal no fué literaria sino en ocasiones, y bajo cierto aspecto puede decirse que el verdadero objeto de aquellos pensadores entristecidos y rígidos era puramente religioso. Estrechar el lazo de la Iglesia en el interior y en el exterior por medio de más disciplina en el sacerdote y más creencia en el fiel; reformar á Roma obedeciéndola; hacer dentro y con amor lo que Lutero había intentado hacer por fuera con la cólera; crear en Francia entre el pueblo ignorante y que sufre, y la nobleza voluptuosa y corrompida, una clase intermedia, sana, estóica y fuerte, una alta burguesía inteligente y cristiana; fundar una Iglesia modelo en la Iglesia; una nacion modelo en la nacion; tal era la secreta ambicion, el profundo sueño de aquellos hombres que fueron ilustres entonces por la tentativa religiosa, y que son ilustres hoy por el resultado literario. Y para llegar á ese objeto, para fundar la sociedad segun la fé, entre las verdades necesarias, la más necesaria á sus ojos, la más luminosa, la más eficaz, la que les demostraba más invenciblemente su creencia y su razon, era la enfermedad del hombre, probada por la mancha original, la necesidad de un Dios redentor, la divinidad del Cristo. Todos sus esfuerzos se dirigian hácia ese punto, como si adivinasen que allí estaba el peligro. Amontonaban libros sobre libros,

pruebas sobre pruebas, demostraciones sobre demostraciones. ¡Maravilloso instinto de presciencia que sólo pertenece á los espíritus serios! ¿Cómo no insistir acerca de este punto? Construyeron esa gran fortaleza como si presintiesen un gran ataque. Hubiérase dicho que aquellos hombres del siglo XVII prevían á los hombres del siglo XVIII. Hubiérase dicho que, inclinados sobre el porvenir, inquietos y atentos, sintiendo no sé qué siniestro quebrantamiento producido por una legion desconocida andando entre tinieblas, oían venir á lo léjos, en la sombra, el sombrío y tumultuoso ejército de la Enciclopedia, y que en medio de aquel oscuro rumor distinguían ya confusamente la triste y fatal palabra de Juan Jacobo y la espantosa carcajada de Voltaire.

Se les persiguió, pero apenas pensaron en ello. Estaban más preocupados con los peligros de su fé en el porvenir, que con los dolores de su comunidad en el presente. No pedían nada, no querían nada, no ambicionaban nada; trabajaban y contemplaban. Vivían en la sombra del mundo y en la claridad del espíritu. ¡Espectáculo augusto y que conmueve el alma, al par que hiere el pensamiento! En tanto que Luis XIV domaba á Europa, que Versailles maravillaba á París, que la corte aplaudía á Racine, que la ciudad aplaudía á Molière; en tanto que el siglo resonaba con el ruido de fiestas y victorias; en tanto que todos los ojos admiraban al gran Rey y todos los espíritus al gran reino, ellos, aquellos soñadores, aquellos solitarios prometidos al

destierro, al cautiverio, á la oscura y lejana muerte, encerrados en un claustro consagrado á la ruina, y del que el arado debía borrar los últimos vestigios, perdidos en un desierto á algunos pasos de aquel Versailles, de aquel París, de aquel gran reino, de aquel gran Rey, labradores y pensadores, cultivando la tierra, estudiando los textos, ignorando lo que hacían Francia y Europa, buscando en la Escritura santa las pruebas de la divinidad de Jesus, buscando en la creacion la glorificacion del Creador, con la vista fija únicamente en Dios, meditaban los libros sagrados y la naturaleza eterna, ante la Biblia abierta en la Iglesia y el sol extendiéndose en los cielos.

Su paso no ha sido inútil. Vos lo habeis dicho, señor, en el notable libro que os han inspirado; han dejado su huella en la Teología, en la Filosofía, en el lenguaje, en la Literatura, y aún hoy dia todavía Port-Royal es, por decirlo así, la interior y secreta luz de algunos espíritus. Su casa ha sido demolida, su campo asolado, sus tumbas violadas; pero su recuerdo es santo, sus ideas permanecen en pié; de las cosas que han sembrado muchas han germinado en las almas, algunas han germinado en los corazones. ¿A qué se debe esa victoria á través de esas calamidades? ¿A qué se debe ese triunfo apesar de aquella persecucion? ¡No sólo á que eran superiores, sino tambien, y sobre todo, porque eran sinceros! Porque creían, porque tenían conviccion, porque iban á su objeto llenos de una voluntad única y de una fé profunda. Despues de haber leído

y meditado su historia, dan tentaciones de exclamar: Quien quiera que seais, si quereis tener grandes ideas y hacer grandes cosas, creed, tened fé, tened fé religiosa, fé patriótica, fé literaria. Creed en la humanidad, en el génio, en el porvenir, en vosotros mismos. Sabed de dónde venís para saber á dónde vais. La fé es buena y saludable para la inteligencia. No basta pensar, es preciso creer. Con fé y conviccion es como se realizan en moral las santas acciones, y las sublimes ideas en poesia.

No estamos ya, señor, en los tiempos de esos grandes sacrificios por un pensamiento puramente religioso. Sobre esos entusiasmos han pasado ya Voltaire y su ironía. Pero, digámoslo muy alto, y tengamos algun orgullo de lo que nos queda: todavía hay sitio en nuestras almas para eficaces creencias, y la llama generosa no se ha extinguido en nosotros. Una conviccion firme constituye hoy, como en otro tiempo, la entidad misma del escritor. El pensador, en este siglo, puede tener tambien su fé santa, su fé útil, y creer, lo repito, en la pátria, en la inteligencia, en la poesia, en la libertad. El sentimiento racional, por ejemplo, ¿no es por sí sólo toda una religion? Momento puede llegar en que la fé en la pátria, en que el sentimiento patriótico, profundamente exaltado, haga de repente de un jóven ignorado un Tirteo que reanime numerosas almas con el grito de una sola, y dé á la palabra de un adolescente el extraño poder de conmover un pueblo entero.

Acerca de esto, y puesto que á ello me he visto

naturalmente conducido, permitidme en el momento de terminar haceros, señor, un recuerdo.

Hubo una época ¡época fatal! que 15 años de lucha por la libertad, 15 años de lucha por la civilizacion, 30 años de fecunda paz no han podido borrar de nuestra memoria. Fué el momento en que cayó aquel que tan grande era, que su caída pareció la caída misma de la Francia. La catástrofe fué decisiva y completa. Todo fué consumido en un dia. La Roma moderna fué entregada á los hombres del Norte, como lo había sido la Roma antigua; el ejército de Europa entró en la capital del mundo; las banderas de veinte naciones ondearon desplegadas en medio de las músicas sobre nuestras plazas públicas; tambien en otro tiempo venían á nosotros, pero cambiaban de amo en el camino. Los caballos de los cosacos pastaron la hierba de las Tullerías. ¡Hé ahí lo que nuestros ojos vieron! Aquellos de nosotros que eran hombres, recuerdan su profunda indignacion; aquellos de nosotros que eran niños, recuerdan su doloroso asombro.

La humillacion era punzante. Francia doblaba su cabeza en medio del sombrío silencio de Niobe. Acababa de ver caer á cuatro jornadas de París, sobre el último campo de batalla del Imperio, á los veteranos hasta entonces invencibles, que recordaron al mundo aquellas legiones romanas glorificadas por César, y aquella infantería española de que nos habla Bosuet. Habian muerto de un modo sublime aquellos heróicos vencidos, y nadie se atrevía á pronunciar sus nombres. Todo callaba; ni un grito de dolor, ni

una palabra de consuelo. Parecía que se tenía miedo del valor y vergüenza de la gloria.

De repente, en medio de aquel silencio se alzó una voz; voz inesperada, voz desconocida, hablando á todas las almas con simpático acento, llena de fé en la patria y llena de veneracion por los héroes. Aquella voz honraba á los vencidos y decía:

Entre remolinos de llamas y humo,
¡Oh dolor! ¿qué espectáculo á mi vista se presenta?
El batallon sagrado, solo ante un ejército
Prepárase á morir.

Aquella voz reanimaba á la abatida Francia y decía:

Desgraciado con sus males y orgulloso con sus victorias,
Pongo á sus piés mis goces y mis penas;
Tengo cantos para sus glorias todas,
Para todas sus desdichas llanto.

¿Quién podría decir el inexplicable efecto de estas dulces y dignas palabras? Aquello produjo en todas las almas un eléctrico y poderoso entusiasmo; en todas las bocas una frenética aclamacion que, apoderándose al paso de estas nobles estrofas, con yo no sé qué mezcla de amor é ira, hizo en un dia de un jóven desconocido un poeta nacional. La Francia irguió la cabeza, y á contar de aquel momento, en este país que hace siempre andar de frente su militar grandeza y su grandeza literaria, la fama del poeta se unió en el pensamiento de todos á la catástrofe misma como para velarla y amino-

rarla. Digámoslo, porque glorioso es decirlo: al dia siguiente de aquel en que Francia escribió en su historia esa nueva y fúnebre palabra: *Waterlóo*, grabó en sus fastos el nombre jóven y brillante de *Casimiro Delavigne*.

¡Oh, qué magnífico recuerdo éste para el generoso poeta, y qué gloria tan digna de envidia! ¿Qué hombre de génio no daría su más hermosa obra por el insigne honor de haber hecho latir con movimiento de orgullo y alegría el corazon de Francia, agobiada y desesperada entónces? Hoy que la bella alma del poeta ha desaparecido tras del horizonte, desde donde tanta luz nos envía todavía, recordemos con enternecimiento su brillante y puro albor. ¡Que un piadoso reconocimiento vaya por siempre unido á aquella noble poesía que fué una noble accion! ¡Que vaya en pos de Casimiro Delavigne, y que, despues de haberle formado una corona en su vida, le forme una aureola en su tumba! ¡Envidiémosle y amémosle! ¡Feliz el hijo de quien se puede decir: Consoló á su madre! ¡Feliz el poeta del que puede decirse: Consoló á su patria!